

El brillo del odio al final del miedo al amor

Elmer Ruddenskjrik



# Capítulo 1

## EL BRILLO DEL ODIOS AL FINAL DEL MIEDO AL AMOR

— ¿Dónde estás? —entró rugiendo pero aún modulando la voz, apenas abriendo la puerta lo que tenía de ancho su hombro. Cuando la cerró, empujándola suavemente con la palma a la altura de su considerable trasero, ya se animó a levantar el volumen de su pastoso entonar: — ¿Dónde estás, desgraciada?, ¡que ya me enteré de lo que hiciste, YA ME ENTERÉ!

“¿Ya se enteró?”, pensó ella, entre confusa, aterrada y agradecida de oírle la voz, manoteando nerviosa el rollo de papel higiénico. “Ya se enteró, ¿de qué?”, se interrogó, mientras se ponía en pie y se calzaba las bragas, desarrebujándose el albornoz de andar por casa, su sempiterna vestimenta.

— ¡¿Qué hice de qué, cariño?! —preguntó en leve tartamudeo, mientras salía al pasillo de la casa; muy leve, sí, deseando sincera respuesta a la cuestión, pero temerosa de obtenerla, a su vez.

Justo cerrando la puerta del servicio la encontró él, dejando atrás el mueble del recibidor sobre el que estaba posando las llaves mientras dirigía los brillos aunados y redirigidos de la penumbra hacia ella, como una criatura predadora sobrealimentada.

— ¡Ya me enteré, bruja...! —chilló él con su característico tono porcino y sólo inteligible para quien, a fuerza de costumbre, fuera capaz de descifrar las palabras.

Ella lo entendió perfectamente. Pero no así el contexto en el cual le dedicaba la iracunda revelación.

— ¡¿Pero qué es lo que pasó?! —volvió a tartamudear con la voz más clara, el corazón encogido de terror mientras él avanzaba con decisión hacia su persona, la cual apretujaba inconscientemente contra la hoja cerrada de la puerta del baño, un puño frío y tenso aún aferrado al pomo redondo.

— ¡¡No te quieras reír de mí, zarrapastrosa!! —le gritó ya llegando hasta ella y levantando su diestra abierta por encima del hombro.

Ella previó el ataque y se tapó la cara con su temblorosa mano izquierda. No sirvió de nada. Lo que fuera que traía a su hombre tan furioso esa vez era algo serio, dedujo. El manotazo no cayó con el mismo peso muerto y frenazo seco acostumbrado. Fue lanzado contra su menuda figura con la probable total fuerza del hombre, algo que hirió sus dedos al quedar

hechos contenido de un bocadillo que cerraba su propia cara y la gran palma de él. La fuerza del ataque la hizo tambalearse hacia atrás, con lo que su apoyo en el pomo de la puerta del servicio cedió un poco cuando la manilla rodó en su tiro y la llevó a ese lado, al interior. Otro manotazo en toda la coronilla la ayudó a coger velocidad y dirección en su viaje de vuelta al servicio. Las zapatillas le bailaban alrededor de unos pies que ya apenas manejaba, aturdida de dolor y miedo, de culpabilidad, de rencor, sumida en un estado mental cercano al shock; de modo que trastabilló hasta llegar a dar de morros con el lavabo en el momento justo de pérdida de equilibrio. Buscando no tocar el suelo con toda su estatura, atinó a mantenerse enganchada al mármol con las manos, sobre las que se apoyó para incorporarse mientras escupía contra el sumidero trocitos rotos de sus incisivos, así como algo de sangre de los labios reventados.

Alzó la vista encontrándose a sí misma en el reflejo del espejo; y detrás, surgiendo de la oscuridad del pasillo e interrumpiendo con su deformada corpulencia el haz de luz tibia que entraba por el ventanuco lateral, él, que alargaba la misma mano de los golpes hacia su nuca, cerrándola en torno al cabello allí atrás, retorciéndolo y haciendo la piel en torno a sus raíces crisparse de dolor. Tiró con decisión de su cabello obligándola a arquear el cuello hacia atrás. Le escupió en la mejilla al acercarle la cara por encima de su hombro y gritarle:

— ¡¡Esta vez te has pasado de la raya, bruja!!

Ella no hubiera entendido aún nada de poder ser capaz de pensar en algo. Su conciencia se había replegado muy al interior de su matriz de posibles niveles de pensamiento, dejando apagado todo apercebimiento del sufrimiento de su cuerpo. Como siempre, se ausentaba. La razón era lo de menos, lo que no podía hacer era enfrentarse a él en ningún caso. No era cuestión de impotencia física, pues con voluntad su debilidad se vería compensada de mil maneras. Pero eso le faltaba siempre, la voluntad. No podía ni pensar en hacer daño a un hombre con el que se había casado enamorada.

Regresaba en sí el mismo momento en que sentía el aire de sus pulmones quedar cada vez más viciado al no ser capaz de expulsarlo y retraer nuevo. Los globos hinchados de infinito desprecio de él se clavaban en los hinchados y enrojecidos de incertidumbre y pena de ella, mientras la hipoxia volvía a distanciarla de la realidad tan pronto como había vuelto a ella por unos segundos. Pero esta vez no iba a parar al lugar con sabor a herrumbre y de textura gelatinosa desde el que esperaba a que pasara la tormenta; ahora era algo vivo y palpitante, pero oscuro y frío, lo que la rodeaba y tiraba de ella muy dentro, demasiado al interior.

Desaparecía; eso pasaba mientras él seguía constriñendo su garganta con ambas manos, empeñado en hacer sufrir lo que fuera que le quedaba de segundos de vida a su mujer, respirando con la dificultad propia del

sobrepeso, babeando de rabia sobre su cuerpo arrodillado de debilidad, de verdadera ausencia, cada vez más y más lejos de allí...

"Te tengo", pudo entender, aunque no oía voz.

"¿Eh?", se forzó a contestar.

"Tu amor ha dejado que te matara. Dime, ¿cuántas veces has pensado en que esto podía pasar? ¿Por qué no hiciste nunca nada? Te mostraré un nuevo mundo, uno en que no exista el desequilibrio traído por tu amor. Dime, ¿quieres ver? Di: quiero ver. Y te mostraré."

"¿Eres Dios?"

"Sí."

"Quiero ver."

Se había manchado las muñecas con la sangre que goteaba de los labios aplastados de su mujer, así que tras pasar por encima de su cuerpo inerte en posición fetal, se limpiaba en el lavabo. Aún seguía furioso, jadeando, con la adrenalina pidiéndole seguir zurrando a algo. La había matado. ¡Cómo le gustaba darle, pero qué maravilloso había sido el acabar con ella de una vez por todas! Llevaba demasiado tiempo deseando saber qué era eso, estrangularla hasta morir... Era posible que a partir de ese momento no fuera capaz de vivir sin ello...

Sudaba, le picaban las malditas gotitas que le corrían desde el ceño a lo largo de la nariz menuda. Alargó el brazo hacia la toalla y se la restregó por toda la cara enjugándose el sudor febril de hacía unos momentos. El sonido de la prenda frotada contra su barba de dos días ensordecía el mundo, así que fue una sorpresa grande para él quitársela de la cara y oír pasos arrastrados a su espalda. Se hizo a un lado para poder flanquear con la mirada el grueso obstáculo que era su propia imagen en el espejo. Su mujer se tambaleaba hacia la puerta, un hombro asomando del albornoz que ahora llevaba con una desidia que sólo su aturdimiento evidente podía explicar. Aún tenía el cuello enrojecido de la torsión. ¿Cómo podía tener fuerzas para moverse? Con asombro y sin voz, la vio salir del servicio hacia la izquierda, no siendo capaz de hacer más que oírla patear con la única zapatilla que le quedaba puesta a lo largo del pasillo hacia la cocina... Se recogió con la toalla retorcida las nuevas gotas de sudor que afloraban picajosas en su nuca y cuello, mientras pensaba...

¡¡El teléfono de la cocina!! ¿Sería capaz de decir algo, con la garganta medio destrozada? Mejor no correr riesgos. Salió a la oscuridad del pasillo, viendo cómo ella ya llegaba a la luz que entraba por las ventanas de la

cocina.

— ¡¡No se te ocurra tocar el teléfono!! —chilló con la voz muy aguda de pura frustración. Oírse tan lamentable de repente le hizo sentirse aterrorizado sin motivo. Y eso a su vez le puso furioso, una vez más.

Pero ella pasó junto al teléfono a la entrada de la cocina sin hacer amago siquiera de escuchar su advertencia, desapareciendo una vez más de su vista más allá del quicio.

— ¡¡¡Oye!!! ¡No! ¡¿Adónde vas?!! —se escuchó decir al vacío, de un lado al otro de la oscuridad que le separaba de su mujer.

Avanzó, encogiéndosele el corazón durante el breve instante en que la oscuridad le envolvió, como si sintiera por la piel los largos y fríos dedos de miles de criaturas muertas que, lánguidas, eran incapaces de frenarle. Llegó a la cocina a tiempo de ver a su mujer de espaldas hurgando con una mano en un cajón abierto, la cabeza torcida incómodamente a un lado.

— ¡¿Qué coño estás haciendo, tarada?!! —le gritó casi sin aire, loco de furia y miedo.

Ella, su mujer, se dio media vuelta hacia él con pasos torpes, casi como si fuera a desmayarse de un momento a otro. Tenía los ojos cerrados y grotescamente abultados. El mango de un cuchillo en su mano apoyado contra su vientre, el filo señalándole directamente a él. Algo parecido a una media sonrisa le hacía mostrar los incisivos fragmentados, y la sangre de los labios heridos estaba siendo sorbida en larga inhalación. Cuando terminó de inspirar, abrió los párpados. Sólo que no había ojos. En su lugar una intensa luz blanca que no iluminaba le miraba directamente a él, y un crujido horrible y rasposo que no reconocía llenó el aire hasta hacerle vibrar los tímpanos.

— ¡¡AHORA YA PUEDO VER!! —gritó ella sin apenas mover los labios.